

¿Recampesinización en la descampesinización?

MANUEL COELLO

El estudio de los campesinos por parte de la antropología, como ya se sabe, es relativamente reciente. En esta disciplina los trabajos de Redfield y Kroeber (en la década de los cuarenta) son, sin duda, los que irrumpen e inauguran este campo. Pero el hecho de que la antropología —concretamente la norteamericana— haya volcado sus ojos hacia el campesinado, no es ni casual ni fortuito. En efecto, si los campesinos se han constituido en el centro de la atención de la antropología es, principalmente, por la participación creciente de éstos en los movimientos revolucionarios y de descolonización ocurridos (y por ocurrir) en los llamados países tercermundistas después de la segunda guerra mundial. En ellos el campesinado ha desempeñado un papel de primer orden y ha contribuido también, consecuentemente, en el estrepitoso fracaso de los grandes estrategas y políticos del Pentágono (Corea, Cuba, Vietnam, Nicaragua, hoy día El Salvador, etcétera). Indudablemente es por esto, y no tanto porque se hayan ido extinguiendo “nuestros contemporáneos primitivos” o por simple moda, que los estudios sobre campesinos son cada vez más abundantes. En estas investigaciones se han interesado estudiosos de distintas especialidades científicas: economistas, politólogos, sociólogos, historiadores, etcétera, y, por supuesto, por tratarse de ciencias sociales, encontramos orientaciones ideológicas también distintas. Tal es en la actualidad la producción y proliferación de investigaciones sobre campesinos, que hasta se podría hablar quizá de una “campesinología”.

Sin embargo, hay en esta “campesinología” una laguna que invade no sólo a los círculos meramente académicos sino también a los políticos. Obviamente, en cada uno de ellos se manifiesta de manera distinta. Se trata, concretamente, de la conceptualización de los campesinos, de campesino o, más específicamente, de *lo campesino*. En términos académicos esto se expresa en la incapacidad de los científicos sociales para llegar a una definición consensual. Las definiciones aquí son abundantes y responden, necesariamente, a los enfoques teórico-metodológicos y a su matiz

político-ideológica: “sociedad campesina”, “cultura campesina”, “unidad de producción campesina”, “modo de producción campesino”, “modo de producción parcelario”, “modo de producción doméstico”, etcétera. En los círculos políticos se manifiesta en la doble mistificación de que es objeto el campesinado, especialmente cuando se le considera como factor político. Aquí nos encontramos con la confrontación irreconciliable de dos visiones y, sin duda, de dos verdades históricas: “un campesinado —como ha dicho Pierre Vilar— asiento de todos los conservadurismos, de todas las reacciones, y un campesinado fuente de todas las esperanzas revolucionarias (las de un Che Guevara o un Franz Fanon)” (1977: 5).

Todas estas ambigüedades y contradicciones son suficientes para crear una aureola de desconfianza respecto a la expresión *campesino* acríticamente empleada. El uso arbitrario de la palabra *campesino* se acompaña pues, no sólo de la confusión y de la simplificación sino también de la tergiversación y sirve a veces, conscientemente, para esos fines. Esto se hace más evidente, sobre todo, cuando se le adhieren a ese término una serie de prefijos: *poscampesino*, *precampesino*, *cuasicampesino*, *seudocampesino*, etcétera; más aun, cuando con ello no sólo se pretende describir situaciones sino incluso explicar procesos: “*recampesinización*”, “*descampesinización*”, etcétera. Todo esto, como se verá en seguida, ofrece una plataforma para la superficialidad que sólo venera las apariencias inmediatas.

En efecto, en un gran número de estudios sobre el llamado problema *campesino* en México, se ha convertido en un lugar común el argumento de que no existe un proceso de “*descampesinización*”. Los más ahincados y radicales defensores de esta tesis han llegado incluso a sostener que, por el contrario, lo que se da es un proceso de “*recampesinización*”.

Este planteamiento se justifica ya sea a través de un manejo engañoso de las estadísticas censales, ya sea a través de la famosa “ley del equilibrio esfuerzo-consumo” (ley de Chayanov) que en su nueva versión ha adoptado el nombre de “*racionalidad campesina*”, ya mediante argumentaciones huecas recubiertas de figuras literarias como la siguiente:

La increíble supervivencia [del campesinado ejidatario], que ha resistido tantos decenios de sistemáticos embates —de los que sale a menudo fortalecido—, puede atribuirse a la medida en que parece combinar con fortuna el pasado con el futuro... Es tiempo ya, por tanto, de que nos enteremos todos, hasta los espíritus más recalcitrantes, que el ejido está allí para quedarse (G. Esteva, 1976:1320-21).

Y si las tesis sobre la “*recampesinización*” están presentes en los llamados “*campesinistas*”, sorprende que igualmente aparezcan en algunos trabajos de orientación marxista. Vergopoulos, que ha creado escuela en nuestro medio, nos dice:

el modo capitalista de producción transforma la agricultura a su antojo, a saber, en forma diferente en relación a la industria, y por la otra, el *campesino* persiste en aferrarse no sólo a su pedazo de tierra sino sobre

todo a su modo de vida. Los dos movimientos coexisten en la tendencia general en favor del mantenimiento de la explotación agrícola y familiar (1975:199).

Extrañamente ligado, y en cierta forma complementario del anterior, otro argumento también en boga y no pocas veces respaldado, supuestamente en Rosa Luxemburg, es aquel que Palerm resume en lo siguiente:

Las raíces de la resistencia del campesinado a realizar las predicciones sobre la desaparición de su modo de producción a nivel mundial, se encuentran en parte [...] en la necesidad que tiene el propio capitalismo agrario de usar mano de obra barata temporal, y de disponer de una gran reserva de fuerza de trabajo que se mantiene a sí misma gran parte del año y que se reproduce a sí misma de manera ampliada *sin costo* directo para el sistema capitalista (1977:15, subrayado mío, M. C.).

Las dos tesis anteriores tienen en común el intentar explicar la supervivencia del “campesinado”, la no “descampesinización”. La última supone un maquiavelismo del modo de producción capitalista; la otra, una “terquedad campesina”, un “aferrarse no sólo a su pedazo de tierra sino sobre todo a su modo de vida”.

Antes de entrar a la exposición de una explicación alternativa a la supuesta “recampesinización”, motivo y objetivo del presente trabajo, es necesario hacer dos breves aclaraciones, aunque esto, de suyo, implique cierta digresión:

1] Respecto al segundo planteamiento no hay mucha discusión: está implícito y se sustenta, en última instancia, en aquella vieja tesis burguesa que afirma que el capital mantiene a los trabajadores, cuando en realidad lo cierto es que éstos se mantienen a sí mismos y, con el plustrabajo por ellos creado, mantienen a la clase de la burguesía y, dicho sea de paso, también a las llamadas clases medias. Todos los trabajadores directos, cualquiera que sea la época y el tipo de sociedad, siempre se han reproducido a sí mismos y, con el plustrabajo, han garantizado la reproducción de las clases explotadoras. Afirmar que el capitalismo encuentra en otros modos de producción una fuente de fuerza de trabajo que no cuesta nada al capital, es suponer que a éste le cuesta la reproducción de la clase obrera, es decir, que la burguesía paga los costos de reproducción del proletariado.

2] Sin duda fue Lenin quien, retomándolo del lenguaje popular del campesinado ruso de su época, popularizó el término “descampesinización”. Pero se valió de él sólo como un recurso figurativo, sin un sentido riguroso, y no intentó con ello sustituir los conceptos de proletarianización y aburguesamiento, forma clásica (no única) de la disolución de sistemas de producción no capitalistas (particularmente del régimen pequeño burgués). Pero de suyo, el término “descampesinización” no tiene ningún sentido político-

económico. En todo caso su valor es puramente descriptivo y no es, ciertamente, un instrumento de análisis, explicativo.

Ahora bien, para abordar el tema de la "recampesinización" y hacer una propuesta de explicación alternativa, basada no en elementos subjetivos como las que he reseñado brevemente, es necesario partir de la exposición sucinta de algunos problemas planteados y desarrollados por Marx en *El Capital*, aunque esto para muchos no sea más que "andar por el camino trillado". Empezaré por el tema de la superpoblación relativa o ejército industrial de reserva.

Como es sabido, el país que sirve a Marx para ilustrar la consolidación de la superpoblación relativa es Inglaterra y, en menor medida, los restantes países del Reino Unido (Irlanda, etcétera), para ello se basó, en buena medida, entre otros, en el análisis de Engels acerca de *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.

En Marx, la superpoblación relativa es el resultado de las leyes de la acumulación capitalista y constituye la población excedentaria respecto a la necesidad media de valorización del capital; es, por otra parte, una condición vital de la industria moderna. Es decir:

la superpoblación obrera es el producto necesario de la acumulación o del desarrollo de la riqueza sobre una base capitalista, esta superpoblación se convierte, a su vez, en palanca de la acumulación capitalista de producción. Constituye un ejército industrial de reserva a disposición del capital, que le pertenece a éste tan absolutamente como si lo hubiera criado a sus expensas.

La superpoblación relativa, en tanto que oferta de fuerza de trabajo ejerce presión sobre el ejército activo para mantener bajos los salarios y, a la vez, poner ciertos límites a las exigencias de éstos. Así, el movimiento de la oferta y demanda de fuerza de trabajo da el retoque final a la base sobre la cual se asienta "el despotismo del capital".

Constituida por todos aquellos trabajadores desocupados total o parcialmente, la superpoblación relativa existe en "todos los matices posibles". Prescindiendo de modificaciones periódicas provocadas por crisis, etcétera —según Marx—, ésta "adopta continuamente tres formas: la *fluctuante*, la *latente* y la *estancada*". Además de éstas, está el sedimento más bajo: la esfera del *pauperismo*.

Las características más sobresalientes de estas formas de la superpoblación relativa son: 1] *Fluctuante*: obreros que la producción repele y vuelve a atraer y en la que, sin embargo, se mantiene un buen número de ellos que han sido desplazados como consecuencia de la introducción de maquinaria moderna; 2] *Latente*: obreros rurales que emigran a la ciudad a causa del sometimiento, implantación y consolidación del capitalismo en la agricultura; 3] *Estancada*: parte del ejército de obreros activo pero con una ocupación o base de trabajo muy irregular; 4] *Fondo del pauperismo*: personas totalmente desocupadas y sin posibilidades reales para

ello y a la que se suman aquellos trabajadores que sobreviven a la edad media de su clase, además de enfermos crónicos, mutilados, etcétera. Esta última categoría es el asilo de inválidos del ejército activo y “peso muerto” de la superpoblación relativa. La reproducción parcial de los tres primeros grupos y la reproducción total del cuarto, recae principalmente sobre las espaldas de la clase obrera y la clase media urbana (Marx, 1975, tomo 1, capítulo xxiii).

Cabe aclarar que Marx explica este proceso, el de la formación de la superpoblación relativa, a partir de la acumulación de capital, esto es, sólo sobre la base de la explotación y acumulación específicamente capitalista y de los desprendimientos que del ejército activo se producen por esta causa. No introduce en ello la proletarización constante de trabajadores de otros sistemas de producción que bajo la acción del capitalismo se van desmoronando y disolviendo. La no introducción de este elemento no sólo se debe a que Marx está partiendo del supuesto de una sociedad compuesta sólo por el modo de producción capitalista, sino también al hecho de que en Inglaterra el proceso de disolución de otros regímenes de producción preburgueses, que se había iniciado en el siglo xiv, era un hecho consumado ya a mediados del siglo pasado y había tenido su punto culminante con el “gran proceso de expropiación que privó de la tierra al campesino”, con el método inglés de “despejamiento” (Marx, 1975, capítulo xxiv).

Por otra parte, en la misma Inglaterra, la acumulación expresada en la aplicación de innovaciones tecnológicas (incremento de capital constante), si bien implicaba la reducción del número de obreros por la sustitución de la producción basada en la manufactura tenía a su vez, y como contrapartida, la apertura de nuevas esferas de la producción, lo que contribuía a mantener un “equilibrio constante entre la superpoblación relativa y el volumen e intensidad de la acumulación”. En tanto que “la población obrera crece siempre más rápidamente que la valorización del capital”, la emigración de trabajadores hacia otros países como Norteamérica, donde la fuerza de trabajo era más bien escasa, contribuía a fortalecer este equilibrio. Para esa época, en estos últimos países, según Marx, “la ley de la oferta y la demanda de trabajo se desmorona” (Marx, 1975, capítulo xxv).

Pero si en los países coloniales o ex coloniales del siglo pasado las cosas sucedían de manera un tanto diferente, más diferente aún sucede hoy día en todos los países capitalistas del llamado Tercer Mundo. En efecto, en éstos, “el modo de recepción del capital” y, sobre todo, el proceso de acumulación de capital ha sido distinto lo cual, a su vez, ha impreso serias modalidades a la formación de la superpoblación relativa, propiciándose en ella un crecimiento extremadamente desproporcionado, desequilibrado, “canceroso”. Esta característica dista mucho de ser igual a aquella que se manifestó en los países en donde por primera vez surgió el capitalismo y, ciertamente, es distinta también de aquellos países hoy día llamados desarrollados o centrales.

Principalmente son tres las determinaciones básicas y fundamentales, en los países periféricos o subdesarrollados, que se ligan directamente con la formación cancerosa de su superpoblación relativa (al mencionar sólo éstas no quiero decir que sean las únicas. Por el contrario, a la conformación de la superpoblación contribuyen muchas otras, de índole particular, que sólo el análisis concreto en cada una de esas formaciones puede poner de manifiesto). Estas características estructurales son:

1] Transferencia constante de valor, mediante el intercambio desigual y exportación de plusvalía hacia los países centrales o desarrollados. Este hecho condiciona bajos niveles de acumulación en las formaciones subordinadas, lo que, a su vez, incide directamente en mantener un ritmo muy lento en la apertura de nuevas esferas de la producción. Este proceso está asimismo limitado y determinado por la división internacional del trabajo o “especialización internacional desigual” (véase S. Amin, 1974).

2] Industrialización con tecnología altamente desarrollada. Contrariamente a lo que sucedió en las formaciones donde se desarrolló el capitalismo clásico, en las que la industrialización siguió paso a paso su evolución “natural”, de la pequeña producción mercantil a la manufactura, para finalmente llegar a la maquinaria y la gran industria. En los países hoy “subordinados”, dado su pasado colonial entre otros factores (con todas las implicaciones que ello trae aparejado), se ha tenido que importar tecnología de los países centrales. El resultado es en ellos algo sofisticado y extraño, que se manifiesta en una aparente industrialización a ritmos forzados, en la que no pocas veces está presente la participación directa del Estado y del capital transnacional, aún en mayor medida que la de la burguesía autóctona.

3] Coexistencia y entrelazamiento del capitalismo con regímenes de producción preburgueses. Esta relación, en tanto que no se trata de una “coexistencia pacífica”, tiende necesariamente a la disolución de los sistemas de producción no capitalistas, ya sea por la competencia que se establece con la producción capitalista, ya por su diferenciación socio-económica interna, o por la acción sobre ellos de formas de explotación secundarias y derivadas del capital, como son el capital usurario y comercial, o por mecanismos complejos como el intercambio desigual, o simplemente por métodos de la violencia no específicamente económica, sino política, como el despojo. Estos procesos, que se asemejan ciertamente a los métodos de la acumulación originaria, no son nada extraños en esos países (véase R. Bartra, 1974).

Estas tres características distintivas de los países subordinados, que en los hechos se entrelazan y matizan de la manera más caprichosa con muchas otras, tienen como efecto la creación de una superpoblación relativa

que alcanza proporciones sorprendentes y a la que no pocas veces se ha tratado de reducir a la categoría de “masa marginal”, “afuncional”, conceptualización que no puede ser más superficial, confusa y ambigua. En fin, todos estos países muestran, específica y notoriamente en las ciudades con su superpoblación relativa desbordante (que se concreta en las favelas, cinturones de miseria y ciudades perdidas), rasgos de decrepitud en su joven estructura.

De acuerdo con la tipología de Marx, la mayor parte de esta superpoblación relativa que en su origen es “latente” (trabajadores que provienen del campo), al integrarse a la ciudad pasa de inmediato a engrosar las filas del pauperismo y, concretamente, a la primera fracción de éste: personas aptas para el trabajo pero sin posibilidades reales de ocupación en la industria. Sin embargo, paradójicamente, a pesar de estar claramente ubicados en este grupo no constituyen el “peso muerto” dentro del ejército de desocupados, aunque sus límites como grupo no pocas veces se diluyen y confundan con el lumpenproletariado. La multiplicidad de implicaciones particulares que esta superpoblación tiene respecto al ejército activo de obreros y a la acumulación de capital en la industria, escapa a los objetivos del presente ensayo.

De lo expuesto aquí, y por no tener hasta ahora una aparente relación con el llamado proceso de “recampesinización”, y precisamente para acercarnos a esto, cabe preguntar: ¿existe superpoblación relativa en la agricultura, o ello es un fenómeno específicamente urbano, de la industria? Si nos ubicamos en una estrecha ortodoxia marxista, podría desde ahí argumentarse que no, puesto que Marx no habla específicamente de ello. Pero si bien es cierto que Marx no expone este problema, igualmente cierto es que esto obedece a que en el país que tomó como ejemplo la superpoblación relativa agrícola era prácticamente inexistente. Esto se pone de manifiesto cuando, refiriéndose a la Inglaterra del siglo pasado, afirma: “El campo, pese a su constante ‘superpoblación relativa’, está a su vez *subpoblado*... Siempre hay demasiados obreros agrícolas para las necesidades medias de la agricultura y demasiado pocos para las necesidades excepcionales o temporarias de la misma.” (Marx, 1975, t. I, vol. 3: 867.)

La ley de la acumulación que trae aparejada la formación de la superpoblación relativa, es algo inherente al capitalismo en general, independientemente de la rama de producción y, en su caso, “las particularidades de la agricultura sólo condicionan las formas especiales de ese fenómeno” (Lenin, 1969, t. III: 335). Para acercarnos a las formas de *producción* y *reproducción* de la superpoblación relativa agrícola en el “subdesarrollo”, es necesario traer a colación las peculiaridades que adquieren las leyes de la acumulación capitalista en la agricultura. Una vez aclarada esta cuestión, se podrán especificar las determinaciones particulares y modalidades que adopta no sólo la superpoblación relativa sino, también, la clase obrera en esa rama de producción.

Por razones de espacio y de tiempo, no me voy a referir aquí a la gama de vías que ha seguido el desarrollo del capitalismo en el agro en diferentes países. Sólo me referiré a dos de las características generales que están presentes con la implantación de este modo de producción en la agricultura, independientemente de la vía que se siga. Éstas son:

1] Una vez implantado el capitalismo en el agro, y a medida que se eleva la composición orgánica, se produce un proceso de decrecimiento de la población obrera activa en *términos absolutos*. Con la consolidación del modo de producción capitalista en esa rama de producción, que lleva implícita la utilización de innovaciones tecnológicas, tiene como consecuencia la desocupación masiva de trabajadores sin que “la repulsión de esos obreros —como ocurre en el caso de la industria no agrícola—, se complemente con una mayor atracción” (K. Marx, 1975, t. I, vol. 3: 800).

2] No coincidencia del tiempo de trabajo con el tiempo de producción. Como peculiaridad de la totalidad de las esferas de la producción agrícola, silvícola, ganadera y, más aun en las de la forestal, a diferencia de las de la industria en donde sólo se da de manera esporádica y excepcional, el tiempo de trabajo no coincide con el tiempo de producción, siendo más corto el primero que el segundo. La agricultura, pues, con el grado de tecnificación alcanzado hasta hoy, no constituye una rama de la producción en la que, para terminar la producción de determinada mercancía (igual a tiempo de producción), se requiera permanentemente la presencia activa de fuerza de trabajo; en otras palabras, en los períodos de tiempo exigidos —por ejemplo— para barbecho, siembra, limpia y recolección, es necesaria la participación de la fuerza de trabajo (igual a tiempo de trabajo), independientemente de que su cantidad sea siempre mayor en el último momento. Pero no sucede así en los espacios de tiempo entre uno y otro período del ciclo agrícola, es decir, entre barbecho y siembra, siembra y limpia, limpia y recolección. En ellos, no se requiere la inversión de fuerza de trabajo puesto que el objeto de trabajo tiene que estar sometido a la modificación de procesos naturales; esto es, “debe sufrir modificaciones físicas, químicas, fisiológicas, durante las cuales el proceso laboral está suspendido parcial o totalmente” (Marx, 1975, t. II, vol. 4: 289).

Lo que interesa hacer resaltar con lo anterior, particularmente del último señalamiento, son las derivaciones y consecuencias que esto implica y que repercuten en las clases sociales del agro.

1] Pérdidas para la burguesía agraria. Durante las interrupciones del tiempo de trabajo, en la medida que no se está consumiendo fuerza de trabajo, no puede por tanto crearse valor ni plusvalía, lo que significa para la burguesía agraria, desde su punto de vista, pérdidas. Éstas, a su vez, se pueden compensar con las ganancias extraordinarias o renta del

suelo (aunque esta posibilidad no está dada para toda la burguesía) y también en la rotación (Cf. K. Marx, 1975, t. II, vol. 4:293).

2] Desocupación temporal para los obreros agrícolas. Las interrupciones en el tiempo de trabajo y la no coincidencia de éste con el tiempo de producción, condiciona el que los obreros agrícolas no tengan una base de ocupación permanente como asalariados, habiendo por tanto, alternativamente, un flujo y reflujo de ocupación y desocupación.

Con lo dicho hasta aquí, podemos abordar directamente el problema planteado: la acumulación capitalista, la superpoblación relativa, la clase obrera agrícola y las relaciones con el campesinado y con el llamado proceso de "recampesinización".

Veamos primero lo que concierne a la clase obrera agrícola. Como característica de la estructura agraria de los países subordinados, está la existencia de sistemas de producción precapitalistas contemporáneos con el más avanzado capitalismo de Estado y capital financiero, transnacional, mostrándose por tanto polos o zonas altamente industrializadas mientras otras permanecen extremadamente atrasadas, ambas, sin embargo, estrechamente relacionadas entre sí, formando una unidad. Así, las posibilidades para ocupar permanentemente obreros no calificados están dadas sólo para un número muy reducido de trabajadores (reducido respecto a todos los que están en posibilidades y requieren vender su fuerza de trabajo), quienes dada la no coincidencia entre el tiempo de trabajo y el tiempo de producción, encuentran ocupación solamente emigrando de un lugar a otro, de una región a otra, siguiendo los ciclos de diferentes cultivos —tomate, algodón, café, caña de azúcar, etcétera—, cuyos tiempos parciales de trabajo, separados en el tiempo y en el espacio, logra el trabajador engarzar y complementar a lo largo del año. Estos trabajadores en cada período se enfrentan a un diferente patrón (más aun en tanto que no aparece, en la mayoría de las empresas agrícolas capitalistas, una diversificación de cultivos y menos aun una acelerada rotación). Éstos son los llamados en México trabajadores golondrina. Este grupo de trabajadores de la clase obrera agrícola, por sus mismas características *nómadas* y por su base de *ocupación irregular*, está impregnado con matices propios de la superpoblación relativa fluctuante y estancada, pero paradójicamente, sin ser superpoblación relativa, siendo por el contrario la esencia misma de la clase obrera agrícola.

Otra parte de la clase obrera agrícola —que no es específicamente la de los trabajadores golondrina pero migrantes en un circuito más reducido—, dada la desocupación temporal provocada por las interrupciones en el tiempo de trabajo, no puede lograr su reproducción con base única y exclusivamente en el salario, teniendo necesariamente que buscar *ingresos complementarios*. Estos ingresos son indispensables para garantizar y obtener los medios de subsistencia para su reproducción en las temporadas en

que son repelidos por las empresas capitalistas, en tanto que los salarios allí obtenidos no cubren esos períodos. Las fuentes de donde provienen esos ingresos complementarios para esta fracción de la clase obrera agrícola, son labores que normalmente recaen sobre la población de ancianos, mujeres y niños, familiares todos del trabajador. Entre éstas se cuentan la confección de artesanías, la recolección, la caza, la cría de animales domésticos o ganadería menor, etcétera, pero principalmente la agricultura en minúsculas parcelas con escasos y rudimentarios medios de producción. Son los "campesinos pobres" que poseen "parcelas proletarias", según la terminología de Lenin, o campesinos de agricultura de "infrasubsistencia" con predios "minifamiliares" como gustan llamarle algunos de nuestros expertos en el problema agrario. En México, esta fracción de la clase obrera agrícola —que dicho sea de paso es también parte de la clase obrera de Estados Unidos (los llamados braceros, ilegales o indocumentados)—, se reproduce parcialmente sobre las *ruinas* o formas meramente residuales del régimen pequeñoburgués o mercantil simple, de donde penosamente obtiene esos ingresos complementarios al salario. Aquella afirmación de Lenin, expresada en 1899, de que "el bracero o jornalero agrícola con parcela es un tipo propio a todos los países capitalistas", sigue teniendo vigencia, aunque ciertamente ya no para todos los países capitalistas, pero sí para todos o casi todos los países capitalistas del llamado Tercer Mundo. En la misma fecha Lenin afirmaba:

Al incluir [a] los campesinos pobres entre el proletariado rural no decimos nada nuevo. Esta expresión se ha utilizado ya, por muchos escritores y sólo los economistas del populismo hablan con tenacidad del campesinado en general como algo anticapitalista, cerrando los ojos al hecho de que la mayoría de los "campesinos" ha ocupado ya un lugar del todo determinado en el sistema general de la producción capitalista, precisamente el lugar de los asalariados agrícolas e industriales. (Lenin, 1969, t. III: 335 y 386-87).

Este grupo de la clase obrera agrícola al igual que el de los trabajadores golondrina, se tiñe con los colores de la superpoblación relativa fluctuante y estancada. Pero, a diferencia de aquél, éste además se mantiene endurcido en un punto de aparente transición, con un pie firmemente asentado en el terreno de la clase obrera y otro, menos firme y sólo para hacer equilibrio y mantenerse en pie, en la clase de los pequeños productores de mercancías, de ahí que también en la literatura marxista se les denomine semiproletarios. A este grupo de obreros con parcela, en la medida en que su familia produce parte de los medios de subsistencia necesarios para su reproducción, normalmente se les abonan salarios bajísimos que permiten a la burguesía extraer y apropiarse altas tasas de plusvalor.

Así, van a conformar el conjunto del ejército activo de trabajadores agrícolas, esto es, la clase obrera del campo, además de los grupos ya descritos, los obreros agrícolas altamente calificados o semicalificados (aristo-

cracia obrera agrícola como agrónomos, tractoristas, etcétera) y los obreros con disfraz de campesinos que están subsumidos formalmente al capital.

Pasemos ahora a la población excedentaria rural o superpoblación relativa agrícola. En los países subordinados, como ya se dijo, por existir en su interior otros sistemas de producción no capitalistas el proceso de acumulación se nutre de dos fuentes principales. Primero: de la "acumulación unilateral" que tiene como base la explotación de los obreros, es decir, aquella basada sobre las relaciones de producción propiamente capitalistas y segundo: de la "acumulación multilateral", que se nutre de la explotación ejercida sobre otros sistemas de producción no capitalistas mediante formas secundarias y derivadas del capital, del intercambio desigual, transferencias de valor, etcétera. Ambas formas de explotación y acumulación, que si bien es cierto se desarrollan de alguna forma con independencia (pero finalmente la segunda estimulando la primera), inciden directamente en el fortalecimiento y consolidación del modo de producción capitalista, a la vez que repercuten disolviendo los sistemas no capitalistas de producción, generando y arrojando grandes masas de población a las filas del ejército de desocupados, a la superpoblación relativa. Pero la parte principal de ésta proviene no tanto de las filas del ejército activo por efectos de la acumulación unilateral, sino de las filas de los productores no capitalistas, por efecto de la acumulación multilateral, que de manera directa marca la forma y ritmo de la disolución de esos sistemas no capitalistas de producción.

En términos de espacio, el primer lugar de refugio para esta masa de población desocupada es la ciudad, en la que no sólo existe la esperanza de un posible empleo, sino que, además, se encuentran allí las posibilidades de reproducirse sobre las espaldas de la clase obrera y clase media urbanas, gracias a la concentración (cuidadores de automóviles, vendedores de chicles, "tragafuegos", etcétera). Sin embargo, una vez saturadas las ciudades de población supernumeraria, ésta se constituye por sí misma y por la escasez de empleo, en un verdadero dique de contención (sin ser por supuesto infranqueable) para la población excedente rural, obligándola a mantenerse y reproducirse en el campo. Pero como en éste no hay esa concentración de población sobre la cual pueda recaer su reproducción como en la ciudad, la superpoblación relativa agrícola se refugia en el único rincón que le queda, a saber, la parcela, de la que sólo se puede obtener lo suficiente para que "el alma no se les desprenda del cuerpo" y a veces ni para eso. Esta superpoblación relativa agrícola está formada principalmente por los llamados "campesinos sin tierra" y "campesinos pauperizados". Su "funcionalidad" principal, al igual que su parte urbana, es la de ser una fuerte palanca que impulsa la acumulación, manteniendo una relación extremadamente desequilibrada entre oferta y demanda de fuerza de trabajo que condiciona y abate los salarios, a la vez que limita las exigencias del ejército activo de obreros. Así, el capital coloca a esta superpoblación relativa en situación de posibles y potenciales esquirolas.

La parcela proletaria constituye, pues, sólo una máscara “campesina” detrás de la cual se oculta el verdadero rostro de la superpoblación relativa y de una parte de la faz de la clase obrera agrícola. Este hecho es característico de México, pero de una u otra forma, está presente en la estructura agraria de la mayoría de los países subordinados.

Es necesario explicitar que no se trata, como en la industria, de una superpoblación relativa y clase obrera liberada totalmente de medios de producción. La superpoblación relativa agrícola existe pues en todos los matices posibles, como un abanico, donde esos matices y ella misma quedan debidamente ocultos en su estuche “campesino”. Reducir toda esa población y la gama de formas de superpoblación a sólo la categoría de superpoblación relativa latente, es una afirmación que, además de mecanicista, peca de dogmatismo estrecho. Asimismo, engañosa y falsa como punto de partida resulta la pregunta: ¿campesinos sin tierra o proletarios agrícolas? entre otros, esta pregunta conlleva el riesgo de la simplificación y la confusión.

En suma, y para decirlo con otras palabras, la creciente y exacerbada superpoblación relativa urbana que limita y frena por sí misma la posibilidad de la migración del campo hacia la ciudad, la acumulación capitalista en la agricultura, cuya consecuencia es la de arrojar a las filas del desempleo a grandes masas de trabajadores pero sin su consecuente reatracción, el desmoronamiento y desintegración paulatina de los regímenes de producción no capitalistas, tanto por la competencia con la producción capitalista, como por los procesos internos de diferenciación económica y por los procesos de explotación que sobre ellos se ejerce, son determinaciones que, entretejidas de la manera más caprichosa, presionan para arrinconar a grandes masas del “campesinado” en minúsculas parcelas. Con todo, una gran parte de estos trabajadores pasa a la situación y condición de superpoblación relativa y clase obrera agrícolas, pero quedan aparentemente ocultos entre las ruinas del régimen pequeñoburgués (caso frecuente entre todos los países capitalistas subordinados que han tenido un proceso de reforma agraria) y dando, por eso mismo, la apariencia de “campesinos”, de un proceso de “recampesinización”.

Este proceso, ante los ojos de nuestros “campesinistas”, que sólo veneran las apariencias, los lleva apresuradamente a proclamar que las tesis marxistas de la proletarización del campesinado son obsoletas porque en el agro de estos países se da un proceso de “recampesinización”. Como prueba: el resultado de sus propias investigaciones en las que, obviamente, la venta estacional de fuerza de trabajo por parte del campesinado (proletarización) por un lado y, por otro, la prolongación de la jornada de éstos y sus familiares en sus propias parcelas y la reducción de su consumo hasta el límite estrictamente físico (pauperización no proletaria = superpoblación relativa), aparecen simplemente como “tácticas y estrategias” para fortalecer lo que han dado en llamar “modo de producción campesino”. Este modo de producción, afirman, coexiste con el capitalista pero, curiosa-

mente, en la óptica de estos investigadores ambos modos de producción aparecen como si fuesen un par de huevos estrellados: juntos pero no revueltos; es decir, “manteniendo y fortaleciendo la separación entre los dos modos de producción; juntándose pero sin revolverse” (Warman, 1976: 329). Con esto, se pretende dejar de lado y ocultar el hecho real de que una gran parte del “campesinado” ha ocupado ya un lugar del todo definido dentro del régimen de producción capitalista, como clase obrera y como superpoblación relativa agrícola.

Pero aún más, recurriendo a verdaderas argucias, se pretende explicar los fenómenos a través de las apariencias inmediatas, y en la medida en que la apariencia es la miseria extrema del “campesinado”, ello se explica entonces porque estos trabajadores persiguen obtener (ya sea mediante la venta de su fuerza de trabajo o de los escasos productos de su trabajo) sólo “el mínimo de subsistencia” y, toda vez logrado este objetivo, “el campesino suspende la producción” (Warman, 1976: 326). Más que una racionalidad de un modo de producción campesino, lo que se nos describe correspondería a un modo de producción y de vida faquir.

La concerosa superpoblación relativa agrícola y, consecuentemente, su extremada desproporción respecto a las necesidades medias de valorización del capital, y las apenas incipientes formas de organización sindical o de otra naturaleza para la defensa y lucha por parte del ejército activo de obreros agrícolas, mantienen a estos últimos con los pies hundidos en el fango del pauperismo, mientras que la superpoblación se encuentra al borde de la asfixia. En parte, esto explica el porqué de la lucha por la tierra, es decir, los miembros de la superpoblación relativa agrícola, dada su pauperización extrema, vislumbran como alternativa de supervivencia inmediata y posible la de conquistar un pedazo de tierra. Con esto, toma este grupo la iniciativa en cuanto a reivindicaciones y quedan con ello ocultas y en cierta forma rezagadas las de la clase obrera, las de aquellos que encarnan un polo de la contradicción fundamental...

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, Samir, *La acumulación a escala mundial*, Siglo XXI Editores, México, 1974.
- Bartra, Roger, *Estructura agraria y clases sociales en México*, Ediciones Era, México, 1974.
- Engels, Federico, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1974.
- Esteva, Gustavo, “La agricultura en México de 1950 a 1975: el fracaso

- de una falsa analogía”, *Comercio Exterior*, vol. 25, núm. 12, México, 1976.
- Lenin, V. I., *Obras Completas*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1969.
- Marx, Karl, *El Capital*, Siglo XXI Editores, México, 1975.
- Palerm, Ángel, *Sobre la fórmula M-D-M y la articulación del modo campesino de producción al sistema capitalista dominante*, Cuadernos de la Casa Chata, CISINAH, México, 1977.
- Vergopoulos, Kostas, “El capitalismo disforme: el caso de la agricultura en el capitalismo”, *La cuestión campesina y el capitalismo*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1975.
- Vilar, Pierre, “Economía campesina”, *Historia y Sociedad*, núm. 8, segunda época, México, 1977.
- Warman, Arturo, . . . *Y venimos a contradecir*, Ediciones de la Casa Chata, número 2, CISINAH, México, 1976.